

La guerrera
de
NÁDÚR

JESSICA LOZANO



Índice

Agradecimientos	9
Prólogo	13
Capítulo 1.....	23
Capítulo 2.....	37
Capítulo 3.....	51
Capítulo 4.....	69
Capítulo 5.....	85
Capítulo 6.....	95
Capítulo 7.....	107
Capítulo 8.....	119
Capítulo 9.....	133
Capítulo 10	147
Capítulo 11	163
Capítulo 12	175
Capítulo 13	187
Capítulo 14	201

Capítulo 15	215
Capítulo 16	231
Capítulo 17	245
Capítulo 18	261
Capítulo 19	273
Capítulo 20	287
Capítulo 21	303
Capítulo 22	315
Capítulo 23	327
Capítulo 24	339
Capítulo 25	355
Capítulo 26	369
Epílogo.....	383
Nota de la autora.....	391

Agradecimientos



Esta novela la empecé en el 2017 y tuve claro que te la dedicaría a ti, mamá. Después de tanto tiempo, quién iba a decirnos que poco después de acabar esta novela te íbamos a hacer abuela. Gracias por todo ese amor que siempre me has dado, por ese cariño que nunca me ha faltado. Tu nieta ahora recibirá de tu parte todo ese amor incondicional. Ver cómo la miras, cómo la abrazas, es para mí el mayor de los regalos. Te quiero infinito.

A una de las personas que más tengo que agradecer esta novela es a ti, Mónica; sin ti no habría sido posible. Parece que es la típica frase que se dice para quedar bien, pero es absolutamente cierto. Hubo un momento en el que estaba tan atascada que no sabía ni por dónde continuar la historia. Con esa paciencia que te caracteriza, estuviste ahí para que mi cabeza uniera las piezas de ese puzle que tanto me costaba juntar. Gracias por esas llamadas, por esos momentos en los que te necesitaba y sacabas tu magia. Gracias por darme una de las cosas más valiosas de la vida, tu tiempo, aun cuando casi no lo tenías ni para ti misma. Este libro nos ha unido más y siempre te lo digo: tiene una parte de ti.

Gracias a mi tía Mili. Estuviste ahí ayudándome también con esta novela siendo mi lectora cero, siempre mostrándome que

estás deseando leerme, siempre objetiva y crítica cuando más lo necesito. Me encanta tener este *hobbie* en común contigo. Te quiero mil, gracias por estar ahí.

Gracias a mi tía Marisol por esos preciosos dibujos. Qué paciencia tuviste conmigo. Nos costó, pero no podía gustarme más que tus pinturas formen parte de mi novela y hayas retratado al personaje de Brianna. Mil gracias.

Gracias a Carol, mi supercorrectora de la que no puedo prescindir. Trabajar contigo es un placer, todo fluye y se vuelve fácil. Eres una gran profesional y amiga. Qué más puedo pedir, tengo todo lo bueno de ti.

Gracias a Fernando por sus explicaciones científicas, por escucharme incluso cuando pensamos tan diferente. Las charlas contigo son siempre interesantes, aunque intentes transmitirme ese realismo que tanto te caracteriza. Espero algún día convencerte, aunque sea un poco, de que no siempre son todo casualidades, sino causalidades.

Gracias a Vane por sus consejos, por ser esa lectora cero que siempre encuentra un detalle que se me escapa. Vales mucho, «amigui», en todos los sentidos.

Gracias, Kris, por ayudarme tanto siempre, por ser mi mentora, por tus consejos, por tus mensajes casi diarios. Eres una escritora profesional, transmites magia con tus libros. Estoy segura de que, tarde o temprano, el mundo entero lo sabrá. Mientras tanto, soy infinitamente afortunada de tenerte como amiga; eso no tiene precio. Te quiero muchísimo.

Gracias, Mari, mi Kendra, por estar siempre ahí, mi amiga del alma. Eres luz, nunca me cansaré de decírtelo, y yo soy la afortunada por tenerte y por que me guíes con ese resplandor tan bonito que desprendes. Te quiero infinito, amiga.

Gracias, Luis, por tu paciencia. Esta novela ha costado y tú siempre has estado ahí, dejándome mi espacio, ayudándome.

Fuiste tú hace unos años el que me sembró la semilla de esta novela, fue gracias a ti. Qué afortunada soy de tenerte, de las veces que me haces reír, de sentirme tan querida por ti. Cada día te quiero más, eres mi compañero de vida.

Gracias, Carla, mi hermanita pequeña a la que quiero con locura. Tan distintas, pero con la certeza de que estamos ahí cuando nos necesitamos. Tu felicidad es la mía y estoy orgullosa de tener una hermana como tú.

Gracias a todos los lectores que estáis ahí. Sin vosotros, mis novelas no tendrían sentido. Gracias a vosotros y a vuestros comentarios, mi ilusión por escribir sigue viva.

Y gracias a ti, mi niña, gracias por elegirnos como tus papás. Tú eres el verdadero significado de la magia.

Brianna, estas palabras son de Luis, tu papi:

«Gracias al universo, que nos ha enviado esta estrella que eres tú a nuestra familia para salvar al clan. Eres el regalo más especial que hemos recibido. Has venido a ser la hija de todos y cada uno de nuestros familiares y amigos cercanos, porque todos te hemos estado esperando durante mucho tiempo y, ahora que estas aquí, has hecho que nuestras vidas sean mucho más mágicas».

Prólogo



Siglo XI d. C., Irlanda

El entusiasmo y las risas contagiaban a todos los que estaban allí reunidos. Iba a ser un día especial. Muchas aldeas vecinas se congregaban para celebrar el inicio de la primavera, bailaban, hacían juegos en grupo y llevaban comida para compartirla con todos. Para unos, era la oportunidad de conocer a niños de clanes distintos y para otros, la única ocasión en la que se reencontraban, ya que muchos de ellos venían de lugares lejanos. Cada año lo celebraban en una aldea distinta; esa vez les había tocado en la suya y se sentían emocionados.

Las horas pasaron muy deprisa, el sol se ocultó dando paso a la noche y el niño se alejó del gentío para disfrutar un rato de la soledad. Le gustaba tumbarse en la colina cerca de la aldea a observar las estrellas. En aquel lugar era donde se apreciaba mejor el cielo, también era el sitio más tranquilo para hacerlo.

Siempre se hacía las mismas preguntas: ¿qué habría allí arriba?, ¿cómo sería poder viajar a esa oscuridad iluminada? Desde muy pequeño le gustaba investigar, preguntar a los adultos por los misterios de las estrellas.

Esa noche la luna brillaba de una forma especial. Redonda y envuelta en un halo rojizo, daba la impresión de estar tan cerca que, si estirara el brazo, podría rozarla con los dedos. Escudriñó el inmenso cielo que le atraía de una forma extraña, casi hipnótica. Expectante sin apenas pestañear, esperaba que las estrellas fugaces hicieran su aparición. En verano eran mucho más visibles, parecían lágrimas que caían a la Tierra. La primera vez que vio una se quedó horas sin moverse, sin poder apartar los ojos del firmamento; fue algo sorprendente. Quería disfrutar del instante que le regalaban, tan efímero pero a la vez tan especial y mágico para él. Se había convertido en una de sus noches especiales junto con la del solsticio de primavera.

Se incorporó para volver a reunirse con los suyos y algo llamó su atención: una luz intensa y anaranjada que se divisaba desde allí. ¿Era en la fiesta? Escuchó un grito y se tensó. El resplandor era cada vez más fuerte; algo iba mal, por lo que aceleró el paso en dirección a la aldea. A medida que se acercaba, comenzó a distinguir voces desesperadas.

«Fuego». Corrió a toda prisa mientras el pecho le latía con fuerza. Los gritos y el sonido de las espadas chocando entre sí llegaban de forma más nítida a sus oídos, y supo con total certeza que los estaban atacando.

Al fin llegó. La confusión era absoluta, lo que antes eran risas y encuentros ahora se había convertido en muerte y destrucción. Observó horrorizado cómo las llamas avanzaban con el único propósito de arrasar todo a su alrededor, las casas ardían mientras la gente no paraba de correr con la esperanza de huir de aquellos salvajes. Ante sus ojos, el humo ocultaba de forma tenue las atrocidades que esos hombres estaban cometiendo. La garganta le quemaba hasta casi asfixiar sus pulmones. En cualquier lugar donde mirara, solo veía llantos, gritos, niños que corrían sin saber qué hacer ni a dónde ir. El pánico y el heroísmo se mezclaban

entre los aldeanos. Por un lado, el miedo de ser asesinados; por el otro, la valentía de salvar a sus seres queridos por encima de sus vidas.

Distinguió a los hombres del clan Thabit, los identificó por sus crestas y por la inconfundible pintura roja que marcaba sus rostros. También reconoció al clan Duhr por sus largas barbas trenzadas. Eran robustos y fuertes, y siempre se mantenían al margen de aquellas reuniones. El resto de los clanes los aborrecían y la rivalidad entre ellos era más que evidente, pues sus premisas eran el odio y la violencia.

No podía creer que unas horas antes el escenario fuera tan distinto. Esa noche los habían cogido desprevenidos; no solían bajar la guardia, aunque hacía tiempo que no ocurría nada. Siempre había hombres vigilando, pero esa vez los superaban en número. Debían defender a los niños y ancianos, y aunque muchas mujeres podrían luchar, sus enemigos habían aprovechado el factor sorpresa, por lo que se encontraban en un momento de gran debilidad. Aquellos salvajes querían provocar todo el daño que pudieran sin importarles matar al mayor número de inocentes en su camino.

Esquivó a hombres que chocaban sus espadas con fiereza y atravesó el fuego que ardía a su alrededor hasta llegar a la mesa donde había visto a su familia por última vez. Encontró a su madre inerte en el suelo en lo que parecía un estéril intento de proteger a su hermano, que yacía a su lado con dos flechas que profanaban su pequeño cuerpo; las dos flechas que le habían arrebatado la vida. Desesperado, buscó a su padre y a su hermana sin ser capaz de encontrarlos. Según avanzaba, veía cuerpos ensangrentados, cuerpos de amigos y conocidos con los que hacía tan solo un instante había reído, jugado y bromeado. Miró a su alrededor sin saber qué hacer. El corazón le latía violentamente. El olor a piel quemada se introducía dentro de él con cada bocana-

da, arañaba su garganta con cada respiración. Los ojos le picaban; se los restregó para quitarse las lágrimas y lograr ver mejor. A lo lejos divisó a su padre, lo vio caer de rodillas frente al guerrero que lo había derrotado mientras lo miraba con cariño y dolor. Le susurró una palabra antes de caer: «Corre».

—¡Padre!! —gritó, desesperado.

Fue corriendo en su dirección; no huiría, no haría caso a la última orden de su padre, no se pondría a salvo. Cogió una espada y, con furia, se dirigió hacia el hombre que había acabado con él. Este lo miraba sonriendo como si fuera un niño insignificante, incluso lo ignoró y le dio la espalda sin molestarse en luchar. Justo cuando iba a alcanzarlo, una flecha le atravesó la pierna, derrumbando al bárbaro, por lo que fue más fácil acceder a su objetivo. Ahora lo tenía en el suelo y podía clavarle la espada sin que apenas se defendiese. El hombre se dio la vuelta para enfrentarse a sus ojos. La venganza porque hubiera matado a su padre le cegaba, lo transmitía con la mirada; ya que en el rostro del bárbaro se reflejó un halo de miedo. Sin vacilar, le clavó la espada en el corazón, y un gemido de agonía salió de su garganta cuando expiró su último aliento. Era la primera vez que mataba y lo único que sintió fue alivio por acabar con el asesino de su padre.

Se dirigió corriendo hacia él, lo abrazó al mismo tiempo que lo zarandeaba.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Responde!

Yacía inerte y sin vida. En menos de un segundo, toda su existencia había cambiado.

No localizaba a su hermana mayor, pero estaba seguro de que se encontraba entre los cadáveres. Se había quedado solo. Un fuerte alarido salió de su garganta mientras las lágrimas le caían por las sucias mejillas. No supo cuánto tiempo permaneció así, quizá fueron unas horas o solo unos minutos, hasta que tuvo las fuerzas de levantarse y comenzar a andar sin rumbo. Lo único

que quería era que todo aquello acabase pronto, no tenía nada por lo que vivir ni luchar; se quedaría esperando el final.

Miró hacia arriba y observó el contraste. Se estaba librando una gran batalla y, sin embargo, el cielo permanecía impasible como si nada le afectara. A su alrededor, el sonido y los gritos habían desaparecido, solo veía las caras de terror, de odio, la muerte, el fuego consumiendo lo que se encontraba a su paso. Las imágenes parecían ir más despacio, apreciaba cada detalle de forma más nítida. Fue entonces cuando un rápido movimiento llamó su atención.

Una niña de unos siete años, llena de barro y mugre, observaba el caos a su alrededor, paralizada. No le caían lágrimas de los ojos, tampoco chillaba; solo miraba el terror que esos hombres estaban provocando.

La pequeña no veía ni a sus padres ni a sus hermanos. A lo lejos vislumbró un caballo enorme dirigiéndose hacia ella, el hombre que lo montaba blandía una espada mientras gritaba con furia. Era su objetivo, sin embargo, ella seguía sin moverse. Iba a morir y no era capaz de huir, lo único que pudo hacer fue gritar con todas sus fuerzas. El salvaje bajó la espada para darle el toque de gracia. Cuando el acero estaba a punto de acariciarle la piel, alguien la cogió de la mano y tiró con fuerza.

En unos segundos corría guiada por la persona que la sostenía con firmeza. Siguió durante varios metros hasta que se pararon con brusquedad; delante de ellos había un gordo enorme con una tupida barba negra que los contemplaba como si fueran un manjar apetecible. Por fin, la niña fue capaz de mirar a su salvador y se sorprendió al ver que era un niño aproximadamente de su misma edad. Apenas podía verle la cara, que también estaba llena de cenizas y barro. Se colocó delante de su cuerpo, prote-

giéndola, y el hombre se empezó a reír por su valentía. Justo en el instante en el que la iba a agarrar, el gigante puso cara de dolor y asombro. Despacio, cayó de rodillas, desplomándose en el suelo. Detrás de él apareció su madre; tenía una espada en la mano, la misma con la que acababa de matarlo.

—¡Mamá! —gritó la niña a la vez que corría hacia ella.

La abrazó por un breve instante.

—¡Vamos, deprisa, debemos irnos! ¡No tenemos tiempo que perder!

La mujer los cogió a ambos y se alejaron por un camino que estaba menos transitado; el caos todavía no había llegado a esa zona, aunque era cuestión de tiempo. Querían adentrarse en el bosque para lograr escapar de aquella masacre.

—Vamos, seguid —dijo la madre mientras tiraba de ellos para que la obedecieran.

Escucharon unas voces a lo lejos, se detuvieron y miraron hacia atrás. En poco tiempo les darían alcance, estaban buscando a los aldeanos que hubieran intentado escapar. La valiente mujer quería protegerlos y, por la expresión de su rostro, acababa de tomar una decisión.

—Escondeos detrás de estos arbustos, creo que nadie nos ha visto. No salgáis de aquí por nada del mundo. —Su madre se dirigió al muchacho que la había salvado—. Gracias por arriesgar tu vida por ella. Por favor, pase lo que pase, no hagáis ruido.

Él asintió.

Lo miró fijamente, cogió sus manos y observó sus palmas. El niño parecía confuso, no sabía qué era lo que le había llamado la atención, actuaba como si estuviera leyéndole el destino.

—No puede ser... —susurró ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó, extrañado.

—Ahora no lo comprenderías, muchacho. —Le acarició la mejilla—. Tu destino está ligado al de mi hija. Ocurrirán muchas

cosas que no entenderás, aunque siempre hallarás las respuestas. Déjate guiar por lo que sientes y nunca te rindas. Confía en tu instinto y, por favor —hizo una pausa, contenía las ganas de llorar—, protégela... Protégela siempre —suplicó.

Le dio un beso en la frente y pronunció unas palabras que no entendió a la vez que con los dedos le hacía un dibujo invisible en los labios. Después se dirigió a ella, la abrazó y murmuró las mismas palabras marcándole el símbolo en los labios. No podía frenar las lágrimas que le caían de los ojos mientras su madre se las secaba.

—Sé fuerte, mi pequeña... Nunca dejes de luchar.

—No, mamá, no te vayas, por favor.

La agarró con fuerza de la cintura para impedir que se apartase de ella. La mujer logró soltarla y la miró a los ojos.

—Escúchame, cariño. Estaré contigo todo el tiempo, aquí. —Señaló su corazón—. Y aquí. —Acarició su frente—. Te guiaré esté donde esté. No lo olvides: en los momentos más duros, en los momentos de felicidad, en los de tristeza, permaneceré a tu lado. —Le dio un fuerte abrazo y se separó de ella—. Te quiero.

Ahora su madre corría y se alejaba por el camino para evitar que los descubrieran mientras, a lo lejos, cuatro hombres se acercaban a toda velocidad. Aunque iba muy rápido, no pudo huir de ellos y a los pocos metros le dieron alcance. Intentó ir a ayudarla, pero, justo cuando iba a gritar, el muchacho le tapó la boca.

—No mires, por favor, no mires —dijo él.

Pero no le hizo caso. El intenso brillo de la luna iluminaba la escena y lo vio todo. Vio los golpes que propinaban a su madre y escuchó las risas mientras la violaban hasta que uno de ellos, todavía dentro de su cuerpo, puso fin a su vida cortándole el cuello. El resto empezaron a mirar alrededor bus-

cando entre los setos, seguro que los estaban rastreando. El que parecía el líder debía tener prisa, ya que les hizo una señal para que se fueran.

Él la abrazó, consolándola, y le acarició el pelo mientras ella lloraba apoyada sobre las rodillas del chico. Este le deslizó la mano por la nuca intentando calmarla y algo lo hizo detenerse.

—Tienes una pequeña mancha marrón clara en la piel —murmuró él.

La niña asintió, era una marca de nacimiento con forma de media luna. Él la tocó y, por un instante, sintió una chispa. El viento sopló con fuerza entre ellos a la vez que una sensación extraña los invadió a ambos.

—¿Has visto eso? —preguntó, extrañado.

Ella se incorporó y frunció el ceño, confundida.

—¿A qué te refieres?

—Juraría que ha brillado de una forma muy tenue cuando la he tocado. —Se miró las manos sin creerse él mismo lo que acababa de decir—. ¿Lo has sentido?

No supo qué contestar, no era posible que ese sutil toque en la nuca le hubiera producido un calambre tan extraño, pero él también lo había notado.

No insistió. Se tumbó entre la maleza mientras le hacía un gesto para que ella se apoyase en su brazo.

—Vamos a quedarnos aquí escondidos durante un rato más hasta que sea seguro salir.

El cansancio, añadido al estrés de lo que habían vivido, hizo que se quedaran dormidos. Después de varias horas, comprobaron que los asesinos se habían ido, por lo que decidieron salir. Él la cogió de la mano y se dirigieron hacia el poblado. Iban con mucha precaución, escondiéndose a cada paso. Se encontraban a unos metros de la aldea cuando volvieron a cerciorarse de que ya no había nadie de los clanes asesinos.

Los hombres cogían a los heridos y varias mujeres los guiaban hacia uno de los pocos lugares que se mantenían en pie, donde estaban todos reunidos. Salieron de su escondite y se dirigieron hacia ellos. Varios lloraban, algunos tenían la mirada perdida y muchos otros ayudaban en todo lo que podían. Ella se detuvo:

—¡Tía! —gritó la niña.

Le soltó la mano y corrió llorando hasta que la alcanzó. Le rodeó la cintura y ella respondió a su abrazo.

—Tranquila, pequeña. ¿Has visto a tu madre?

Asintió.

—Mamá..., nos salvó.

—¿Está bien? —preguntó, esperanzada.

Ella miró hacia abajo y su tía lo entendió. La volvió a abrazar con fuerza intentando consolarla.

—Todos tus hermanos están bien.

—¿Y papá?

—Lo siento, cariño. —Hizo una pequeña pausa—. Ve a ver a tus hermanos, te necesitan.

No podía creer que sus padres ya no estuvieran. Miró hacia atrás para que su tía conociera al niño que la había salvado, pero ya no estaba. Por más que lo buscó a su alrededor, no lo encontró. Quería haberle agradecido lo que había hecho por ella, y una extraña sensación de vacío la invadió.

Desde aquel instante, todo cambió en su vida. Nunca olvidaría lo que le habían hecho a su familia, a todas aquellas personas inocentes; en especial, a su madre y a su padre. Juró que nunca se volvería a sentir tan indefensa, se prometió que no sería vulnerable ante nadie, que protegería a sus hermanos pequeños de lo que fuera necesario, que no volvería a llorar, y supo con total certeza que nunca podría olvidar a aquel muchacho.

Lo que no sabía era que el destino le tenía reservado un juego en el que sería difícil que pudiera ganar. Solo una cosa podría salvarla, y era lo que menos estaría dispuesta a entregar.

Capítulo 1



En la actualidad

El dolor empezaba a desaparecer, pero no era capaz de moverse, se mantenía laxa en el suelo mientras el frío penetraba en la desnudez de su cuerpo. No podía hilar un pensamiento con el otro, la sensación era de impotencia por no poder hacer nada más que esperar a que las manos, los dedos y los pies comenzaran a obedecerla.

No dejaba de pensar en aquellas palabras: «Llegarás cayendo en una espiral de luz y oscuridad, recordarás una vida no vivida y tu pasado se hará más fuerte. El futuro dependerá de lo que seas capaz de encontrar, de lo que quieras llegar a admitir. El tiempo, tus pensamientos y tus dudas serán tus enemigos. No te detengas, no dudes y aleja el miedo y la frustración. Debes creer que todo es posible, guíate por tus instintos o será tu perdición y la entrada sin retorno al olvido, a la oscuridad eterna. Nos volveremos a ver cuando el cielo se tiña de rojo. Recuerda que todo es energía».

Intentó nuevamente mover la mano y logró que el dedo meñique la obedeciera; después, siguió con el anular, el corazón... hasta que fue capaz de abrir y cerrar la mano. Hizo lo mismo con

los pies y las piernas. Cualquier movimiento agudizaba el dolor que sentía por todo el cuerpo, y su corazón latía acelerado. Intentaba enfocar, pero no veía con claridad. Muy despacio, consiguió incorporarse hasta quedar totalmente de pie. Aunque le temblaban las piernas, se acercó a la ventana y corrió las cortinas; los rayos del sol iluminaron la habitación.

Se había desmayado. Recordaba estar de pie en la habitación en ropa interior, pues se había levantado en medio de la noche para ir al baño, cuando un pitido agudo comenzó a sonar dentro de su cabeza. Millones de extrañas imágenes aparecieron en su mente hasta que perdió el conocimiento. Nunca había sido tan intenso, era la primera vez que escuchaba una voz. Desde niña veía imágenes extrañas que aparecían en forma de *flashes* incluso en sueños. La llevaron a varios médicos para descartar daños cerebrales y a distintos psicólogos para asegurarse de que no estuviera loca. Nunca encontraron nada. Creían que, quizá debido a su pasado en el orfanato, había creado una vida paralela con hechos inventados. Ella sabía que no era así; en esas imágenes veía hombres y mujeres vestidos con ropas de otra época, aldeas, instrumentos antiguos, todo muy distinto al momento actual.

Llevaba unos años más tranquila en los que apenas tenía visiones o sueños. Sin embargo, ahora habían vuelto con fuerza, con una sensación tan imponente y devastadora que le asustaba. Se rodeó con los brazos, sentía frío y una necesidad inmensa de que todo eso acabase. No quería ver aquello, era como si dejase de ser ella y otra persona naciera en su interior.

Incluso su habitación, en la que había dormido tantas veces, parecía que no le perteneciera. Miró a su alrededor. Recordaba haber comprado esas cortinas blancas con pequeñas hojas de color salmón. Las eligió en unos grandes almacenes junto con la lámpara del techo: una bola blanca de papel con nubes naranjas. La cama tenía una funda del mismo color y la acompañaban dos